

## Cuentos del paraíso de las islas

18

### LA BATALLA DEL TARAJAL Y LA GRAN INVERSIÓN

[emiliosola@archivodelafrontera.com](mailto:emiliosola@archivodelafrontera.com)

Colección: Galeatus. El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 21/11/2016  
Número de páginas: 21  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### **Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## Cuentos del paraíso de las islas, 18: LA BATALLA DEL TARAJAL Y LA GRAN INVERSIÓN

### La reunión y la acción

- El dinero para los bancos, sólo a través de sus deudores, para que no roben.
- Estoy de acuerdo con eso. Ya vimos lo que pasó en la última crisis, que se lo dieron directamente a ellos y se lo engulleron todo de inmediato, sin hacerlo circular apenas.
- No, apenas no, nada.
- Lo aplicaron a sus juegos de saneamiento rentable, se subieron las asignaciones los directivos por el éxito de la operación de saqueo de las arcas del común, y si te vi ni me acuerdo.
- El dinero para las instalaciones de frontera se quedó reducido a la mitad de la mitad tras la operación, y los deudores de los bancos siguieron aún más endeudados, pues no consiguieron saldar sus deudas, que esas deudas era lo que los bancos decían, torticeramente, que los había hecho entrar en crisis. ¡Unos sinvergüenzas! ¡Ladrones y sin vergüenza!
- ¡Y mentirosos!

Siempre igual. A Carla Canon terminaban aburriéndola aquellas reuniones interminables en las que casi siempre, año a año, salían las mismas cuestiones a relucir, a la palestra. Los bancos y las amañadas legislaciones financieras. Un aburrimiento. Ya estaba mayor para esas gimnasias dialécticas en la palestra de la que cada vez se veía más apartada por las desbordantes pandillas de desarrapadas cada vez más lúcidas y combativas y más bonitas. Cada vez más tías, más fuertes y más empoderadas.

Durante aquellas reuniones de coordinación de grupos de voluntarios para situaciones de emergencia, no dejaban de llegar avisos enervantes de nuevos saqueos financieros en paralelo a las noticias no menos alarmantes de hundimiento de los fondos con los que hasta entonces habían ido contando, mal que bien, los grupos de voluntari@s, cada vez más y cada vez más entusiastas, pero cada vez más en penuria de recursos. Desmantelaban las viejas estructuras de protección social de los estados y confiaban a oenegés y voluntariado la atención de los nuevos desatendidos, y sobre todo en los campamentos de refugiados que proliferaban por doquier y en las nuevas fronteras que de manera simultánea proliferaban. A Carla Canon ya se le había anquilosado la musculatura raciocinadora, se le había enquistado/suspendido su capacidad de argumentación; sólo le apetecía dar bofetadas o gritos o exabruptos. Tomarse una copa y preparar nuevo viaje fuera de la ciudad cada vez más apestosa del interior.

Necesitaba acción, necesitaba volver a las fronteras, a sus campamentos del alma. Su amiga Toñi Ramos la llamó desde Melilla, uno de los puntos calientes de aquel

momento, junto con Ceuta, después de la batalla naval del Carajal, y su conversación la terminó de animar a largarse de la ciudad del interior. Su amiga le leyó la crónica que estaba enviando a su periódico, y Carla temblaba de emoción: “Fue el salto más multitudinario registrado hasta ahora. Medio millar de inmigrantes lograron entrar ayer en Melilla tras rebasar la valla fronteriza que la separa de Marruecos. Ocurrió sobre las ocho de la mañana a la altura del río Nano...”

Carla sabía que tenía que salir de inmediato para allá. La Toñi siguió leyéndole su crónica, recién enviada al periódico. Había sido un cerco y asalto a la ciudad vallada, amurallada, en toda regla: “Unos mil inmigrantes corrieron en tropel por un camino de tierra, en medio de un griterío sordo. Al rato, frenaron su carrera y empezaron a caminar en paralelo al vallado, hasta llegar al punto en que la verja se torna más accesible. Amparados por la espesa niebla que cubría la zona, los subsaharianos treparon por la pared metálica. Ordenadamente, sin atropellarse. Primero, unos; y después otros, sin que las fuerzas de seguridad pudieran contenerlos.”

Carla notaba crecer su emoción, y comenzó a buscar el bolsón de viaje y a preparar su Rebequita documentalista, pues aquello quería filmarlo y grabarlo de todas las maneras posibles que los registros o recursos de su Rebequita le permitiera. A esas horas, seguro que el centro de refugiados de la ciudad de Melilla, al que llamaban cómicamente “Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes” o CETI, estaría desbordado y todos andarían muy nerviosos: fuerzas de seguridad de la frontera, inmigrantes y refugiad@s, voluntari@s y oenegés, la gente de la ciudad. Precisamente en esos momentos – y de ahí esas reuniones pesadísimas que ya a su edad no era capaz de soportar la Carla – intentaban reciclar esos CETI en campamentos de refugiados sin más al estilo del campamento que llamaban *Los Archipiélagos*, algo más a Levante, que parecía que había normalizado su funcionamiento ya después de dos temporadas de organización siguiendo el *modelo de concierto rock*, o festival rochero. La Toñi le confirmó su sospecha: “La mitad de los subsaharianos tuvieron éxito en su intento. Echaron a correr en tromba hacia el Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes (CETI), como si fuera su tabla de salvación. Muchos llegaron dando brincos, los brazos en alto, la sonrisa abierta de par en par. Victoriosos, como el atleta que acaba de ganar una maratón. Otros, exhaustos y casi desfallecidos, con los pies desnudos y la mirada perdida, tuvieron que ser ayudados por sus compañeros más fuertes. Muchos de ellos tenían heridas abiertas por las cuchillas del vallado o la ropa cuajada de enganchones. Ya en el patio del CETI, mezclados con los voluntarios de la Cruz Roja, unos se abrazaban a otros. Algunos cantaban. Otros rezaban. Los más gritaban “bosa, bosa” (¡Victoria! ¡Victoria!), exultantes de haber logrado la proeza de burlar la muralla de acero que divide Marruecos de Europa...”

### Una condecoración: la medalla de oro del nomadeo

Desde unas semanas atrás, desde la batalla naval del Tarajal que costó quince muertos de nadadores valientes e inexpertos que a todos heló el corazón, a Carla Canon le rondaba una idea que poco a poco se le fue precisando. Era necesario un acto simbólico que pusiera las cosas en su sitio; aquella gente joven y animosa que ensayaba,

desarmada y con mínimos medios, asaltar una fortaleza cada vez más imponente (y a la vez fortaleza más acobardada, sin recursos racionales o, mejor, sin imaginación creadora, y cada vez con menor seguridad ética y algunos decían también que jurídica), aquellos que genéricamente llamaban “inmigrantes”, necesitaban un reconocimiento al menos simbólico a su decisión y valentía. “Eso es, una condecoración”. Por fin, Carla Canon cayó en la cuenta de que esa podía ser la forma o modelo que podía adoptar ese reconocimiento. Para reflexionar; para poner las cosas en su sitio. Para lograr al fin una gran inversión, aunque fuera en el enfoque y en las palabras. Más tarde se pensaría en cómo articular esa gran inversión también en el interés financiero, que era lo único que parecía convencer a los de siempre, que aún presumían – e imponían – tener la sartén por el mango. Como se suele decir. La sartén por el mango y el mango también, que decía la canción.

Se lo comentó a la Toñi y le pareció bien. Más aún, la Toñi le dijo que tenía un candidato para la primera tanda de condecoraciones; acababa de entrevistarle y estaba emocionada con él. “Es un senegalés que acaban de rescatar por uno de los corredores humanitarios que han entrado en funcionamiento. Le llaman Leo del Bosque y tuvieron que hospitalizarle seis meses por los cortes que sufrió causados por las cuchillas que llaman concertinas, en su último intento de salto de la valla; era uno de los veteranos del Gurugú, como le dicen al monte en donde se refugiaban estos desdichados, y nada más le dieron de alta en el hospital volvió a intentarlo”. La batalla naval del Tarajal había sido un claro punto de inflexión. Las autoridades urbanas y las fuerzas de seguridad de la frontera fueron acusadas de la muerte de quince jóvenes de los que habían intentado pasar la frontera a nado; la polémica se internacionalizó y la presión fue tan insoportable que comenzaron a abrirse los corredores humanitarios. Uno de los primeros beneficiarios de esa nueva etapa fue Leo del Bosque. “Se merece un reconocimiento, Carla, esa condecoración que pretendes, que bien podías inaugurar con una póstuma a los quince ahogados de la batalla del Tarajal”.

Toñi y la Carla se despidieron; cortaron la comunicación, y Carla volvió a la asamblea. Llevaba ya la *Rebequita Documentalista* (RebDoc) a punto y una bolsa de viaje mínima. Quería salir de allí esa misma noche o, a lo sumo, al día siguiente de buena mañana. La asamblea seguía animada, y un veterano orador parecía concluir un debate anterior que a Carla le sonó a ya muy anticuado. “Si no se equiparan víctimas del franquismo y víctimas del terrorismo, aquí no hubo transición política sino trágala. Mal cimiento para un ensayo de democracia”, decía, ante un murmullo general de desaprobación. “¡Ya está bien, viejo!”, decían algunos. Carla buscó por el anfiteatro de las asambleas a algun@ de sus colegas a quienes pudiera apetecer salir de viaje a campamentos del sur y dejar la ciudad del interior, mientras l@s moderador@s señalaban otro de los asuntos del día; una vez más, otra estafa bancaria o financiera a la que querían neutralizar con nuevas acciones. Tomó la palabra una chica brillante y muy conocida a la que llamaban Hada o Ada, popular activista en esos momentos especializada en estafas hipotecarias que habían dejado en la calle a numerosas familias y colectivos en formación. Carla prestó atención cuando la chica Ada decía con voz potente: “Eso es, ¡el victimismo de los verdugos! ¡Otra Gran Inversión!”

## Negro Salem y la Florita

Mientras llegaba al fondo alto del anfiteatro, en donde había visto al negro Salem con la Florita, con sus mochilas al lado, que le acababan de comentar la noche anterior que querían salir para campamentos del Sur, Carla fue prestando atención al debate que planteaba la activista Ada que estaba informando sobre la compra por especuladores internacionales de las casas hipotecadas cuya propiedad había pasado de sus antiguos propietarios individuales o familiares a los bancos titulares de la hipoteca tras poner en la calle a los hipotecados morosos, bancos que dejaban arruinarse esa nueva propiedad que consideraban no deseada o accidental o provisional, pero que defendían su absoluto dominio sobre ella. A medida que ascendía hacia el fondo del anfiteatro, a Carla le venían a la cabeza fragmentos de viejas argumentaciones que creía ya olvidadas, tal vez superadas, pero que parecía que se resistían a morir. “La propiedad de un valor de uso y la propiedad de un valor de cambio. Tal vez por ahí podía ir la cosa, el quid del asunto”. Ada estaba hablando, precisamente, sobre la dialéctica del debate sobre la propiedad y lo demagogos que se estaban mostrando los bancos y especuladores financieros en ese asunto. Carla se sorprendió levantando su mano para pedir la palabra, cuando ya estaba en lo alto del anfiteatro, al lado de Negro Salem y Florita. Ada le cedió la palabra, sonriente. “Dime, Carla”.

- Esos demagogos de los que hablas no quieren darse cuenta de la diferencia que hay entre la propiedad de un valor de uso y la propiedad de un valor de cambio... Sobre eso es sobre lo que hay que tratar, más que sobre el valor absoluto, o no, de la propiedad... De la propiedad privada, así, para entendernos. Ahí lo absoluto es más absoluto cuanto más sea su volumen, la propiedad de un apartamento chico o de un palacio, de un apartamento para el alojamiento de una familia o de mil apartamentos de un solo propietario, la propiedad como un gran poder... - Carla Canon parecía meditar en alta voz, y a todos los que la conocían les sorprendía su intervención, pues últimamente apenas se prodigaba en ese tipo de asambleas –, creo que ahí está la quiebra, la tendencia como fuerza, pudiera ser, la centripetación también absoluta, esa aberración lógica... El agujero Negro... Defienden la legalidad del desahucio de la gente de sus casas, tras ser engañada esa gente por los cambistas y especuladores; legalidad basada en ese derecho absoluto sacrosanto a la propiedad que ellos tenían sobre los bienes de aquellos endeudados engañados o seducidos por las artes de seductores de sensibilidad aberrada... o corsaria, como decía uno, gente de ánimo cruel y condición insolente, que sólo concibe el amor como follar con sangre de por medio, por prolongar una metáfora extrema...

Carla Canon seguía con su meditación en alta voz y los colegas la escuchaban. Ada asentía y sonreía.

- Ese bien de uso básico que es el cubículo familiar o individual del desahuciado, pasaba a convertirse en propiedad absoluta y sacrosanta de un nuevo dueño, aunque fuera ya sólo un bien o valor de cambio para ese nuevo propietario depredador que convertía, así, el cubículo humanizado y con sentido en cubil de fiera; o depósito de mercancías así ganadas y acumuladas, sin valor real de

uso ya, o sin posible uso ya pues era espacio convertido él mismo en mercancía y sin mercancías que almacenar en él... En dinero sin más, en mierda. Y a eso le decían justicia basada en una ley ancestral, antigua, sin duda la de la selva, o el anarquismo capitalista primordial. Un mito al que dicen neoliberal pero que es en realidad neo-esclavista, nazi-católico-calvinista, o nazi-religioso sin más, esa sacrosantéz de los conceptos y de las palabras reveladas por el hondón patriarcal y monoteísta más rudo y salvaje de la historia de la barbarie humana, nuestra historia occidental al fin.

Carla Canon respiró hondo. No sabía si lograba expresarse pero, al fin, conseguía tranquilizar su ansia, su furor. Sus ganas de matar. Estaba sofocada. Ada se había ido acercando a ella, a lo largo del discurso, y cuando terminó, ya a su lado, le dio un beso en la mejilla. “Gracias, Carla. Me has ayudado muy bien a explicar el problema”. Y siguió con el informe comenzado. Negro Salem y Florita hicieron sitio a Carla a su lado mientras terminaba Ada de exponer su informe sobre los últimos episodios vergonzosos que traía a consideración de la asamblea y, en cuanto pudieron, dejaron el anfiteatro por las puertas altas de atrás para tomar algo rápido en la cafetería antes de salir de viaje para el Sur.

Se les une Alberto Hendrix, el italo-catalán editor de imagen

A la cafetería le decían la *Cafetería del Congreso*; era un espacio muy amplio, algo destartalado pero confortable, con numerosos rincones de dispar y aleatoria decoración; sillas duras o ergonómicas se alternaban con sillones mullidos o sofás rodeados de banquetas o sillas y taburetes plegables, por aquí o por allá apilados o apoyados a las paredes y mamparas móviles que podían servir para fragmentar aquel espacio de la cafetería del congreso, que en su conjunto era más amplio aún que el del gran anfiteatro de las asambleas. Negro Salem y Florita se interesaron por el proyecto de condecoraciones nada más Carla se lo comentó. Les encantó la idea y ellos mismos le propusieron a Carla algunos candidatos de especial emotividad, como a una compañera antigua de viaje con la que Salem mantenía el contacto que, al segundo año de viaje a través de África hacia el Mediterráneo, violada en varias ocasiones, dio a luz una criatura de paternidad imposible de delimitar ni siquiera para ella, que de inmediato fue adoptada por sus compañeros de viaje de huida, a quien pusieron por nombre *Bienvenido* cada uno en su lengua; para Negro Salem era su hijo *Mabruk*. A Carla y a Florita, que no conocían la historia, les emocionó y decidieron proponer a aquella mujer para una condecoración.

- ¿Y qué sabes de tu hijo Mabruk?
- Por ahí anda, de nomadeo por los campamentos de la frontera, encantado de la vida. No para. Cuando se hizo más mayor, y ante el lío de nombres que le habíamos montado, decidió llamarse *Tarhib*, y así creo que es como le conoce todo el mundo ahora, Bienvenido Tarhib. Creo que está hecho un fuera de serie de la planificación urbana para los campamentos de nueva creación en intersticios de nomadeo de éxito.

A Salem se le ocurrió, y así lo comentó con Carla en la cafetería del congreso todavía, antes de salir para el tren que los llevaría hacia el Sur, que podrían diseñar también, en paralelo a la condecoración para destacar modelos de comportamiento y de acción políticos, una mención para destacar o reprobar comportamientos negativos o malvados, e inaugurar esa especie de premio negro o macabro, o *premio limón*, según una antigua denominación publicística que lo contraponía al *premio naranja*, de perfil más simpático o positivo. Ganas de jugar. Negro Salem, de inmediato, sugirió un primer candidato.

- ¡El ministro de las alambradas!

Y los tres salieron para el autobús que los llevaría a la estación del tren del Sur cantando una antigua canción de estribillo pegadizo: “A desalambrar, a desalambrar...”

A la puerta de la cafetería del congreso los abordó un joven con *mochileta ciber* (Moc-Cib) muy sofisticada, de las que se estaban poniendo de moda al estilo de la Rebequita Documentalista o *Reb-Doc* de la Carla Canon, en el modelo de la del joven con manifiesto perfil de técnico audiovisual.

- Disculpad, colegas, me llamo Alberto Hendrix – se presentó el joven -. No he podido evitar escuchar vuestra conversación desde el módulo de la cafetería del congreso en el que estaba tomando un café, y me ha interesado mucho ese proyecto de las condecoraciones y premios negros del que hablabais. Soy técnico documentalista digital y me interesaría registrar las acciones que iniciéis, si no os importa.

Y entonó el estribillo del “a desalambrar” que su presentación había interrumpido. Entre risas, subieron al autobús para la Estación del Sur.

### En el bus hacia el sur, con el Hendrix de conversación

El Hendrix resultó ser un ameno compañero de viaje. En el autobús en el que viajaron al sur, al lado de Carla, mientras el Negro Salem y la Florita se acaramelaban en los asientos traseros del bus, el chico Hendrix evocó su vida para la Carla Canon, a quien llegó a interesar su relato con un sutil sobresalto que no supo razonar. Resultó ser otro chaval de frontera total, catalano-italiano, de niñez divagante entre una madre informal y semi-nómada y un padre lejano que nunca le había comprendido aunque de vez en cuando lo recibiera en la casa italiana en la que había organizado una nueva familia convencional y burguesa – y valga este horror de palabras anquilosadas y vulgares. Su padre, finalmente, se había desentendido de él definitivamente cuando el chico, en su última visita, le había confiado su libertad sexual promiscua, que no supo explicarle bien pero que a su padre decepcionó y enervó. Carla supo que se iba a entender bien con aquel muchacho a causa de que pronto le confesó que a él, lo que de verdad le ponía eróticamente, no era la condición de género o sexual de las personas sino su condición social y cultural, con un límite superior, en cuanto a intensidad, en el exilio y la indignancia.

A Carla le interesó sobremanera aquello, pues raramente se vio reflejada en lo que aquel chico Hendrix le estaba narrando.

- Dame detalles, por favor.
- ¿Detalles? – Alberto la miró sorprendido.
- Sí, sí, detalles, detalles de cómo te enamoras...

El Hendrix se echó a reír. No comprendía bien lo que le quería decir Carla con eso de “cómo te enamoras”, pero Carla insistió.

- Sí, hombre, cuándo te das cuenta de que te estás quedando prendado de alguien que tengas delante de ti.

Era difícil de precisar, pero el chico lo intentó. En los tratamientos de imagen, en su profesión, enseguida le surgía una relación afectiva con los modelos y las modelos, sobre todo relacionada con la mirada. De entrada, le enamoraban algunas miradas, y ahí no entraba esa categoría de género o de sexo, ni de edad ni de condición social, era el brillo, la calidez o el tono de una mirada la que lo atraía hasta la fascinación. Fue así como se fue construyendo un archivo gráfico de miradas que de vez en cuando, en momentos de especial melancolía, examinaba con delectación hasta olvidarse del mundo en torno. A Carla le sabía a poco aquella aclaración y así se lo dijo.

- Eso de las miradas me parece bien y te comprendo perfectamente. Pero yo quiero que me precises algo más sobre cómo te enamoras... El amor de desear abrazar y besar a quien tienes delante de ti, ¿comprendes?

El Hendrix intentó encontrar palabras. De niño, con su madre de acá para allá, o luego en el internado inglés en donde sus padres en plena guerra de ruptura y separación lo apartaron para una educación formal, había comenzado a distinguir a las personas amables de las desafectadas o claramente hostiles por la mirada, y en el momento en el que se topaba con una mirada amistosa la convertía de inmediato en amorosa mirada, amaba a la persona que le miraba así, la adoraba... A Carla le pareció, y así se lo dijo, que con esa sensibilidad infantil había tenido que encontrarse con muchos desengaños y sobresaltos; así era, le confirmó el Hendrix, pero también le había servido mucho para orientarse en la vida desde su primera juventud, y podía afirmar que en la mayoría de las ocasiones su intuición sensitiva se había mostrado acertada.

El autobús se desplazaba a buena velocidad por la autovía del gran llano mesetario del entorno de la gran ciudad del interior hacia el sur, el sol declinando ya por su derecha hacia el oeste, y cierta ensoñación se adueñaba de los viajeros. Florita y el negro Salem parecían dormitar, acaramelados, al fondo del bus. El chico Hendrix extrajo de su mochila documentalista o *Moc-Doc* uno de sus múltiples aparatitos polivalentes, buscó en sus archivos y le mostró una sencilla imagen digital de unos ojos casi imperceptibles en la sombra de las cuencas oculares; parecían de un muchacho.

- Son mis ojos. Es mi primer autorretrato.





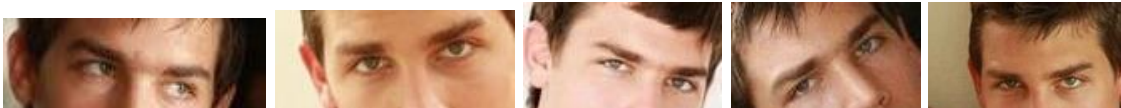
El autobús, con el atardecer, atravesaba paisajes andaluces de olivares y huertos de ribera, ondulaciones de vides, cipreses y alamedas... Y montañas que se aproximaban y tras las que, sabían todos, se abría el mar. A Carla la enterneció la colección de miradas que el Hendrix le iba mostrando en su pantallita digital. Tras su autorretrato, le fue desplegando las primeras miradas conservadas de sus colegas más cercanos, compañeros de juegos o de estudios, y de los que invariablemente terminaba enamorado. Pronto comenzó a organizarlas en series, como la primera de su más íntimo amigo del internado inglés en el que sus padres le habían abandonado un par de años al final de su bachillerato:



De esa mirada necesitó también guardar el rostro completo, y aún otras imágenes de un curso en el que leyeron y comentaron algunos relatos antiguos del paraíso de las islas y entre ambos organizaron un club de fans y de estudio sobre Ahmed Pujol, mulato claro, uno de los héroes de su juventud.



Algunas de las miradas más amadas se convertían, pues, en una colección autónoma de una misma mirada, a la que ya decidió acompañar de un retrato completo del rostro para enmarcar mejor la mirada amada en el recuerdo. Como ejemplo, baste otra más de la serie del delirio sobre Ahmed Pujol, que tan decisivo había sido para tantos de sus colegas.



Cuando Carla vio el retrato a rostro completo de aquella serie de miradas, lo reconoció de inmediato. Era Salvatore, a quien los amigos llamaban Salvo, y había participado con ella en un viaje de grupo de trabajo precisamente a la casa del Naranjal, y sobre el hombre del colmillo verde, Ahmed Pujol, a quien habían vuelto a dar el nombre de su infancia, Pujolito, el año de su muerte, ya octogenario. Alberto Hendrix sonrió. El mundo, el paraíso de las islas, era muy pequeño, minúsculo, como un pañuelo.

- Lo sé, Carla. He leído *La Canina Esmeralda*. Yo no estuve en aquel viaje vuestro porque era aún muy joven, pero me lo contó con pormenores nuestro común amigo Salvo. Otro de mis enamoramientos de adolescente y de a primera vista por sus ojos y mirada...

### La nave de los locos

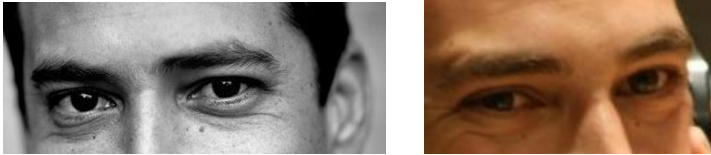
Cuando llegaron a Málaga en el bus, Carla Canon y Alberto Hendrix habían congeniado. Florita y Negro Salem se dieron cuenta de inmediato.

- Se os nota en la mirada – bromearon.
- A todos se nos nota en la mirada, Negro Salem, se nos nota todo, y siempre. Es nuestra condición permanente de enamoramiento.
- Por eso mismo os conecté de inmediato, a simple vista – siguió bromista el Hendrix.

Habían llegado a Málaga y en la misma estación de buses se siguieron topando con gente enamorada, en marcha hacia el sur, a los nuevos campamentos surgidos a raíz de la batalla del Tarajal que a tod@s había conmovido y movilizado. Alberto Hendrix no pudo resistirse a iniciar nuevas tomas de miradas de gente enamorada con un entusiasmo que de inmediato transmitió a Carla, a Negro Salem y a Florita. Ya estaban todos en su ambiente natural, el entusiasmo, camino del nuevo intersticio de nomadeo que comenzaba a atraer a gente para organizarse.

Había decidido ir vía Málaga para tomar un barco y no pasar el estrecho por el túnel de Gibraltar, viaje más monótono y previsible de bus en bus hasta llegar a su destino, el nuevo campamento que se estaba organizando en las afueras de Ceuta, una vez acordado en Europa el desmantelamiento de la triple valla famosa por la crueldad del diseño de las llamadas concertinas. Y, sobre todo, porque querían antes hacer una escala en el viejo intersticio de nomadeo de *Los Archipiélagos*, más oriental, que parecía que se iba a convertir en el modelo para el nuevo campamento pues se había considerado que iba a convertirse en un intersticio de nomadeo de éxito a causa de sus conciertos musicales estacionales que habían movilizado una gran cantidad de gente y de dinero, de recursos, en fin, como decían, base del éxito alcanzado. Allí tenía previsto Carla Canon encontrarse con viej@s colegas para terminar de diseñar la campaña de las condecoraciones que quería lanzar desde el nuevo campamento ceutí.

Los muelles del puerto y la dársena más próxima a la nave de Málaga para Los Archipiélagos era un bullicio de gente en movimiento que se saludaban y se despedían, bromeaban o se informaban unos a otros, intercambiaban objetos y noticias, o dormitaban en los lugares más insólitos mientras esperaban sus turnos de embarque. El Hendrix parecía muy interesado por el entorno y no disimulaba su fascinación por algunos rostros que le atraían; con descaro particular les pedía su imagen y a todos parecía agrandar. Carla saludaba a mucha gente que conocía de su propio nomadeo y el Hendrix los documentaba, como él decía, a su manera, excitadísimo. “Este es el Langui, un gran artista y una gran persona”, le había dicho Carla; y el Hendrix le robó su mirada.



Era una leyenda aquel chico, a pesar de su relativa juventud, pues había conocido al viejo Borondón poco antes de morir, quien le había deseado lo mejor para el futuro con una frase que más tarde se había hecho muy popular: “Que no se te quiten las ganas”.

Negro Salem y Florita se habían acercado a un grupo de percusionistas que hacían su música a la espera del embarque, y Negro Salem se marcó una danza que el Hendrix recogió con tratamiento de filtros especiales para darle la tonalidad antigua, tribal, ancestral..., hasta hacerle casi irreconocible.



Más tarde, en compensación, quiso recoger su bella mirada.



Lo mismo hizo con Florita, antes de embarcarse, una imagen tratada con filtros para darle aire de irrealidad, y luego su mirada real:



Juegos del Hendrix, sus amores ocasionales y pasajeros.

Durante el embarque mismo, Carla se fue encontrando gente conocida, de los habituales del nomadeo estacional; uno de ellos, al que llamaban el Guayaquil, era un muy buen informático afincado en la ciudad del interior; también era un culo inquieto, como casi todos sus colegas; en cuanto podía dejaba sus despachos, con frecuencia universitarios, para retomar sus nomadeos o sus trabajos de campo, como gustaba decir en su jerga profesional, que cada vez se les pegaba más en su lenguaje coloquial. Carla recibió del Guayaquil la confirmación de que en los planes universitarios de ese

año habían aceptado al fin el programa de JSF – en su jerga Juventudes Sin Futuro, un movimiento estudiantil reciente – para coordinar a todos los migrados, exiliados, desplazados o simplemente empleados fuera de su tierra de origen, que eran en su mayoría precarios, como comenzaban también a autodenominarse, en ese proceso sin fin de revitalización de jergas. El Guayaquil se consideraba a sí mismo dentro de esa categoría más o menos imprecisa de precario de nomadeo, y había logrado que su instituto universitario le permitiera aplicar sus competencias y habilidades informáticas a esas categorías de gente; no era difícil establecer el censo, le comentó a la chica, pues prácticamente coincidía con el ochenta por ciento de su alumnado habitual; la mayor dificultad estaba en fijar los campos de mayor interés para esa coordinación.

El tiempo de embarque se le pasó a la Carla de charla con el Guayaquil sobre esos asuntos, mientras Alberto Hendrix no cesaba en su ansia insaciable documentalista. En su banco de imágenes, ya embarcados, le mostró a Carla a sus amigos el Langui y el Guayaquil en pleno embarque, sus ojos protegidos por gafas de sol:



Dispersión del Hendrix. Su pasión principal. Su tesoro.

A punto ya de entrar en la pasarela de embarque, la Carla se topó con su amiga la Murrús, otra veterana del nomadeo.

- ¡Tú por aquí! ¡Qué alegría verte! – se abrazaron, pues hacía dos o tres años que no se veían, que no coincidían por ahí.
- Ya sabes que yo voy y vengo a Los Archipiélagos una o dos veces al año, querida tita Carla. Es mi querencia, pues allí me crié...

Carla lo sabía y por ello no se extrañaba. Conocía a la Murrús desde niña, pues era amiga de su madre Marta la Tejedora, que ahora sabía que andaba por América, por intersticios de nomadeo americanos. La Murrús se lo confirmó: se había asentado en Haití, a raíz de la serie de terremotos y desastres naturales que habían assolado la isla, y desde allí había conseguido abastecer de colchonetas y esteras refrigeradas solares las redes de campamentos de refugiados de toda Centroamérica. Seguía con toda la marcha de siempre, sí, y tan enamoradiza como siempre lo había sido.

- Eso le venía comentando a éste – le dijo Carla a la Murrús, cuando le presentó al Hendrix que pasaba por allí -. Lo que nos mueve es el amor.

Alberto Hendrix fotografiaba a la Murrús cuando alguien llamó la atención desde lo alto de la pasarela de embarque.

- ¡Eh, Madrina Sasá! – y se dirigía a la Murrús.

Era un chico joven aún, Amín, de quien la Murrús les narró brevemente, mientras subían a la nave, su vieja relación con él desde que ambos eran niños en los Archipiélagos. “Crecimos juntos en la isla de Tierra de los Archipiélagos, y yo hice para

él de mamá madrina, como me decía. Hoy nos encontramos siempre que vengo de viaje por aquí, pues no quiere alejarse de los Archipiélagos y para comenzar su nomadeo ha elegido hacer de marinero en la nave correo de Málaga hacia allá.”

Carla conocía la historia; la recordaba desde años atrás, la propia Marta la Tejedora la tenía al tanto del desarrollo de aquella historia de iniciaciones infantiles, más historias de amor. Recordaba incluso haberla visto evocada en uno de los relatos del paraíso de las islas que había circulado años atrás, creía recordar que titulada “La niñez de Miel de Azahar”, y creía recordar que detrás del relato estaba la propia Murrús, pues aquel nombre tan cursi y tan jipi, Miel de Azahar, era el nombre que le había dado de niña su madre Marte la Tejedora. El relato lo había desempolvado recientemente, antes de iniciar este viaje, pues en él se evocaba el inicio de la organización del campamento de refugiados de los Archipiélagos, luego devenido intersticio de nomadeo de éxito por el modelo elegido para organizarlo, que era el modelo de concierto de rock. La Murrús le confirmó aquello.

- Viejos tiempos y viejas fórmulas.
- A las que hay que volver para remozarlas, pues eran muy sabias.
- Aquel cuento del que hablas, Carla, se titulaba “El Archipiélago de Tierra y el Archipiélago de Mar o los Archipiélagos de Tierra y Mar”. Era el nombre original de lo que hoy llamamos Los Archipiélagos, hacia donde vamos. Historias de mi niñez, sí. Que tienen, exactamente, la edad de Amín, pues él nació nada más llegar su madre refugiada allí, y tan débil que murió a la semana del parto. Amín, pues, fue el primer habitante de la casa de los niños de la isla de Tierra, en donde yo me crié.
- Eso es, historias de amor.

A Alberto Hendrix le interesó mucho aquella historia y quiso ilustrarla a su manera. La Murrús y el Amín hicieron de protagonistas de su reportaje, ya en la nave hacia los Archipiélagos, verdadera nave de los locos por la riqueza de la gente embarcada y su diversidad, todos y todas gente enamorada. Gente joven o muy joven en su mayoría – Carla Canon parecía la única persona verdaderamente adulta allí – animosa y en movimiento. Gente, una vez más, fronteriza y enamorada.



Alberto Hendrix se entretuvo también tomando imágenes de un grupo de aspecto duro y aguerrido, quienes enseguida se le presentaron como antiguos soldados americanos en guerras exóticas postcoloniales, con manifiestos signos de salud mental por lo menos delicada. “Justo cuando uno comienza a enloquecer, es preciso ponerse a andar, iniciar el nomadeo”; se lo comentó por lo bajo Carla, mientras el Hendrix obtenía discretamente algunas imágenes. “Antes del paso de la angustia a la tristeza, tras meses o años de paro en su tierra de origen, es preciso comenzar a andar, iniciar el nomadeo”, le volvió a recitar. “Antes del paso de la tristeza a la depresión, tras una gran desgracia o fatalidad, se impone el cambio de campamento, el cambio de

intersticio...”, siguió la Carla, como un mantra o letanía. “Preciso es comenzar a andar, iniciar el nomadeo...”, concluyó el Hendrix. Sabía de lo que hablaba.



Así se les fue pasando el tiempo de la navegación en aquella nave que a Carla se le antojaba nave de los locos, y al Hendrix nave de la felicidad del tiempo detenido, de la alegría del nomadeo, de la plenitud del viaje y la belleza de las miradas y de los miradores. Amín, el marinero, fascinado, seguía al Hendrix arriba y abajo por las cubiertas. Observaba sus tomas y luego comprobaba, por cortesía del chico, los resultados que le mostraba en el visor de la cámara. Amín estaba encantado y le dijo a su madrina la Murrús que de mayor quería ser como el Hendrix y manejar muy bien una cámara y coleccionar imágenes de gente que le gustara...



\*\*\*

Intermedio...

**INTERMEDIO DOCUMENTAL:** a Carla le habían pasado un informe sobre el suceso dramático que había generado el lanzamiento de aquella frontera histórica como nuevo intersticio de nomadeo, razón por la que ella se encontraba allí, una vez más en movimiento, en aquella nave de los locos.

Agencias | Madrid | Actualizado el 06/02/2015 a las 16:34 horas

Se cumple un año desde que al menos 15 personas murieran **intentando alcanzar a nado la playa ceutí de El Tarajal** mientras la Guardia Civil disparaba pelotas de goma y botes de humo para disuadirles. El proceso judicial para dirimir responsabilidades sigue en marcha y una reforma de la Ley de Extranjería cuestionada dentro y fuera de España afronta su recta final en el Senado.

Aquella mañana del 6 de febrero en torno a unas 200 personas intentaron entrar en Ceuta **saltando el perímetro fronterizo** después de sortear a las fuerzas marroquíes, que intentaron frenar su avance a golpe de bastón. Al ver frustrada su expectativa, un grupo numeroso se dirigió a la carrera hacia la playa y se echó al mar justo junto al espigón que separa en este punto España de Marruecos y que durante gran parte del año, se puede rodear a pie.

Los inmigrantes fallecieron aplastados o ahogados junto a la hilera de piedras y **los cuerpos de cinco de ellos fueron rescatados por efectivos de la Guardia Civil** en aguas españolas. Muchos llevaban flotadores de fabricación casera, otros no. Un total de 23 consiguieron llegar a nado

hasta la playa española, fueron agrupados por los agentes que les estaban esperando y devueltos sobre la marcha a las fuerzas de Marruecos por una puerta de servicio de la valla, visiblemente fatigados.

Ciudadanos anónimos primero y vídeos oficiales después, documentaron este hecho, poniendo imágenes a lo que las ONG especializadas venían denunciando más de una década: la expulsión sumaria que **va contra las previsiones de la ley de Extranjería**, porque vulnera el derecho de los migrantes a ser escuchados en un proceso garantista, y que se venía denominando 'devolución en caliente'.

De las muertes, un presunto delito de homicidio por imprudencia, se encarga un proceso judicial abierto en Ceuta a instancias de un puñado de ONG, menos de las que empezaron porque **se les solicitaron fianzas por encima de los 2.000 euros** para ejercer la acusación popular. Entre ellas figuran CEAR y la Coordinadora de Barrios, cuya letrada, Patricia Fernández, ha venido denunciando "trabas y dilaciones indebidas" que dificultan el ejercicio de su labor.

Durante la instrucción, que lleva a cabo el Juzgado número 6, se ha recabado informe a la Guardia Civil, cuya Policía judicial remitió un extenso documento en el que figuran desde las **declaraciones de los agentes de servicio** aquella mañana, incluidos los mandos, hasta el inventario de material antidisturbios que portaban o las cámaras de vídeo que tenían y las imágenes que grabaron o dejaron de grabar. El Ministerio del Interior publicó cintas en su web, dice que son todas las disponibles de aquella jornada.

<http://www.rtve.es/alacarta/videos/telediario/publicos-videos-completos-tragedia-tarajal/2410093/>

<http://www.elmundo.es/espana/2014/02/22/53083124ca47419d5e8b456b.html>

A continuación, recogemos los **momentos clave del vídeo**. En las imágenes no aparece ninguna referencia temporal, así que nuestro minutado se refiere al tiempo que dura el vídeo y no a la hora real:

**Minuto 3.09:** Los inmigrantes se dirigen a la carrera hacia la playa del Tarajal en Marruecos para lanzarse al agua, bordear el espigón y lograr alcanzar la costa ceutí. No se ve a ninguno que intente saltar la valla por tierra desde la playa, como también se había informado desde la Delegación del Gobierno en Ceuta.

3.59. Los guardias civiles comienzan a correr hacia el espigón para contener la entrada de los subsaharianos.

4.23. Los mejores nadadores entre los inmigrantes acceden a aguas españolas y sorprenden a los agentes de la Guardia Civil.

5.56. Un grupo de guardias civiles, apostados desde el espigón, dispara pelotas de goma a los inmigrantes que están en el agua. En el vídeo no se puede apreciar si los proyectiles de goma impactan directamente contra ellos, como han [relatado](#) los supervivientes de la tragedia.

7.04. A la primera avanzadilla hay que añadir más grupos de inmigrantes que se acercan a nado a la playa ceutí del Tarajal. Tardan bastante en hacerlo ya que nadan muy despacio para no cansarse.

**8.37.** Los inmigrantes salen del agua y empiezan a pisar territorio español. Nadie les ayuda ni les proporciona ninguna manta o bebida tras la dura travesía en el mar, pero tampoco se ve que ningún agente les golpee o maltrate.

**8.46.** La patrullera ligera del Servicio Marítimo de la Guardia Civil permanece todo el tiempo frente al espigón alumbrando o deslumbrando con sus grandes focos a los 'sin papeles'.

**9.22.** Al otro lado de la valla, muchos gendarmes marroquíes (bastante más numerosos que los guardias civiles) presencian la dramática escena. Sorprende su pasividad ante la situación y no hacen nada para ayudar a los numerosos inmigrantes que nadan en sus aguas.

**10.57.** La patrullera española se mete en aguas marroquíes mientras los guardias civiles siguen disparando balas de goma contra la gente en el agua.

**13.20.** Un guardia civil acompaña a un subsahariano que ha conseguido llegar a nado a la playa del Tarajal. El inmigrante exhausto se cae al suelo. El agente, lejos de ayudarlo, le agarra del cuello y le empuja para que vaya con el resto de sus compañeros.

**15.48.** La patrullera de la Guardia Civil dispara botes de humo directamente hacia dónde se encuentran los subsaharianos. Los supervivientes han relatado que el humo les aturdió porque no podían respirar, lo que dificultaba su estabilidad en el mar.

**19.36.** Los indocumentados, que se quedaron en tierra, se arremolinan en círculo en el lado marroquí. Un inmigrante enfurecido increpa los gendarmes. Es probable que haya conocido la noticia de las primeras muertes.

**23.19.** La mayoría de los inmigrantes que estaba nadando en aguas marroquíes se ha dado la vuelta y ya se encuentra en la playa. Pero todavía se aprecian algunos cuerpos perdidos en el agua. Son los cadáveres de los fallecidos.

**29.24.** Una patrullera de la Guardia Civil rescata a un inmigrante que, milagrosamente, continúa nadando media hora después y le entrega un salvavidas.

**35.17.** Los agentes acompañan a algunos inmigrantes que han entrado en España y les devuelven a Marruecos por la puerta de atrás, un paso no habilitado que hay en la valla fronteriza. Son las llamadas devoluciones en caliente, realizadas sin ningún tipo de protocolo ni identificación de los afectados, como marca la Ley de Extranjería, el Reglamento y el acuerdo de readmisión entre España y Marruecos 37.55. En la playa ceutí del Tarajal todavía queda algún rezagado. Los guardias civiles llevan a rastras a un inmigrante que no se puede sostener en pie. Una imagen que contrasta con los argumentos de la Guardia Civil de que ninguno de los subsaharianos que entraron en España había sufrido lesión alguna.

**41.51.** Otra lancha semirrígida de la Guardia Civil llega al lugar de los hechos. Ya son las 8.15 de la mañana. Dos buzos se sumergen en el agua para encontrar los cuerpos de los fallecidos. En ese momento no apareció ningún cadáver en aguas españolas.

**48.00.** Desolación e inquietud entre los inmigrantes en el lado marroquí tras conocer la noticia de las muertes. Algunos subsaharianos no pueden contener la rabia e increpan con dureza a los gendarmes marroquíes.



50.33. La puerta entre Marruecos y Ceuta sigue abierta para practicar más devoluciones en caliente. Un guardia civil entra en Marruecos para custodiar a un inmigrante que lleva una venda en la pierna y anda con bastantes dificultades.

55.32. Un subsahariano visiblemente irritado lanza una piedra contra la valla fronteriza española. Un compañero y los gendarmes marroquíes le disuaden de que siga haciéndolo.

1.08:50. Todos los supervivientes se acercan a la playa, presumiblemente a la espera de recibir los cuerpos hundidos en el mar, pero los cadáveres no se ven en el vídeo. Justo en ese momento, una patrullera marroquí rescata del mar a un inmigrante totalmente exhausto.

1.09:53. Ya en la calle, los guardias civiles, visiblemente reconocibles, comentan los trágicos sucesos.

## FIN DEL INTERMEDIO DOCUMENTAL.

\*\*\*

### Fiesta en el Tarajal

La llegada a Ceuta coincidió con la gran fiesta preparada para el primer aniversario de la batalla del Tarajal, como le decían, en donde al menos quince personas habían muerto en un intento por salvar la frontera a nado por un espigón del puerto. Era el trágico suceso que estaba en la base de la magna movilización que los tenía a todos allí, en aquella nave de los locos, camino de cualquier parte; camino de Ceuta, en aquel momento, para la fiesta de conversión de una frontera conflictiva – más que centenaria y aún conflictiva, todo un fracaso de una relación histórica – en intersticio de nomadeo de éxito, pues de eso, sin más, se trataba. A eso venían, eso es lo que les había convocado allí, por eso se habían enrolado en aquel viaje la Carla, el Negro Salem y la Florita, el Hendrix, la Murrús y su ahijado Amín, la chiquillería que abarrotaba la nave de los locos y los que habían acudido al puerto a recibirlos a todos, eufóricos y felices, vocingleros, locuaces, excesivos y todas y cada una de sus gesticulaciones o gestualidades, impacientes, extrovertidas, gente con ganas de vivir sin más y de manifestarse a los otros así, apasionadas de las fronteras vitales que se pudieran ofrecer para traspasar o transgredir con tal de que todos pudieran seguir con vida... O algo así. La realidad como plenitud sin más, el dulce estar aquí, la eternidad de la vida y del instante, la eternidad sin más... La gente en movimiento, la gente. Toda.

La nave – le decían *El Galeón*, en recuerdo de un transbordador histórico en esas aguas, ya desaparecido – continuaba viaje hacia los Archipiélagos, a donde en principio Carla quería ir, antes de volver a Ceuta, pero la gran animación en el puerto para recibir a los nuevos incorporados a la fiesta del primer aniversario de la batalla del Tarajal hizo que cambiara de inmediato de planes y desembarcó en la ciudad, con Negro Salem y la Florita, con el Hendrix encantado con el panorama que se abría a su cámara enamorada.

Un desembarco apoteósico y festivo. Canciones, charangas y disfraces, a medida que la nave el Galeón se acercaba a la dársena, desde la borda muchos viajeros disparaban

a tierra rollos de papel de colores a modo de serpentinas, un viejo guiño que un erudito del paraíso de las islas relacionaba con un viejo uso jipi ibicenco de los años antiguos de las dictadura y las contestaciones. Por unos instantes, la maniobra de atraque de la nave parecía realizarse a remolque de aquella maraña de papeles de colores que unían a la muchachada viajera con la chavalería que acudía a recibirlos, y se había creado una costumbre divertida y práctica que había convertido aquel viejo uso festivo en un nuevo ritual práctico para viajar@s; tod@ aquell@ viaj@ de la nave que lanzaba un rollo de papel – antiguamente era lo que llamaban papel higiénico, pero se había remozado el producto en *rollos arco iris*, como les llamaban – encontraba en el puerto a un@ receptor@ para dicho lanzamiento que, mal que bien, si conseguían mantener el control de los dos extremos de la larga tira de colores, se consideraban mutuamente unid@s por un contrato, al menos de tres días, de solidaridad y cachondeo. Era una fórmula mágica y cómoda muy apreciada por la gente y, para mucha de esa gente, la manera más segura y divertida de ligar, como decían, de conocerse.

En el Galeón, además, era uno de los cometidos que el joven Amín tenía encomendados por la capitania de la nave; en el momento en que se aproximaban al puerto de desembarque, tenía a su cargo un armarito habilitado para los rollos arco iris que él administraba con especial mimo y rigor, haciendo que la gente viajera con más recursos financiara los rollos arco iris de quienes tenían menos recursos, o no tenían ninguno en absoluto, en un tipo de mercado solidario que llevaban años ensayando con buenos resultados, al que denominaban *mercado pi*. Otra categoría novedosa para calcular precios, en el que la máxima variación iba del precio base al precio multiplicado por 3,1417, que permitía ofrecer la gratuidad absoluta para otras dos personas que precisasen ese producto. En casos especiales, como sucedía en ese momento, con aquel viaje del Galeón con escala en Ceuta, el ahorro acumulado por el armarito de los rollos arco iris que manejaba Amín era tal que permitía la entrega gratuita a prácticamente la totalidad de la gente viajera en aquel viaje, pues en el trayecto anterior del Galeón –entre dos escalas ricas como habían sido Marsella-Génova, con gente turista nortea – todas las ventas habían sido pagadas en mercado pi.

- Tenemos un fondo Pi tan hinchado – había comentado Amín a Carla, cuando ésta intentó pagarle su rollo arco iris – que voy a tener que pedir permiso de malversación para quitárnoslo de encima, pues ya es un engorro.

A Carla le entró la risa. El lenguaje periodístico-político formal del tiempo de las corrupciones masivas que habían terminado con la dictadura de los políticos financieros norteaños ante la rebelión centro-sur, había calado en la gente de a pie que lo utilizaban de la manera más imaginativa y heterodoxa. Amín, con el término de malversación, se refería a una simple operación de redireccionamiento – horrible palabra – de un fondo de un destino u objetivo a otro. Cuando el fondo que fuera, más o menos autónomo, se engrosaba demasiado y superaba las necesidades de la acción a la que se destinaba ese fondo, por una operación muy sencilla desde el punto de vista burocrático – esa maldición que siempre amenazaba, la burocracia – se redireccionaba hacia otra acción que necesitara más atención o ayuda. Se “malversaba” ese fondo,

como se había comenzado a decir; y un@ buen@ gestor@ de un fondo – como en este caso el fondo pi de los rollos arco iris del Galeón que controlaba Amín – se convertía en un@ orgullos@ o ufan@ malversador@, y por ello era felicidad@ por tod@s sus colegas.

Tod@s habían lanzado su rollo arco iris y descendían por la pasarela del Galeón excitad@s y bullicios@s ante la perspectiva de una sorpresa agradable al encontrarse con su partener en el otro extremo de la cinta multicolor. Carla se sintió mayor de repente, algo repetido y repetible la llenó de desasosiego, no se sentía excitada, como toda la chavalería – si no chiquillería – del entorno, ante la sorpresa de quién se encontraba en el otro extremo de la serpentina arco iris que había lanzado desde la borda del Galeón al disponerse para el desembarco. Negro Salem y la Florita, a su lado, también se mostraban animados y reidores, con los brazos en alto para preservar sin que se quebrara el rollo arcoíris, y Carla le pasó a Florita el suyo y le susurró algo al oído que hizo soltar una carcajada a la chica. Salem se dio cuenta de la operación de cesión de Carla y a él también le entró la risa.

- ¿Qué está pasando aquí?
- Nada, Negro. Que delego en vosotros mi cinta de conocimiento y de contactos – y le guiñó un ojo -. Necesito tranquilidad esta tarde para poner en orden mis cosas y no quisiera verme desbordada por la fiesta.

En la dársena y muelle, abarrotados de gente bulliciosa que recibía a l@s recién llegad@s, un@s a otr@s buscándose las azarosas correspondencias arcoíris – que a su vez se convertían en azarosos encuentros al romperse muchos de los rollos arcoíris y asociarse de manera aún más azarosa una vez más por el simple color de los cabos rotos de las respectivas serpentinas conservadas –, la gente se empujaba y se abrazaba, y se reía, y se sorprendía ante el desconocido o la desconocida que el azar le había regalado, y la fiesta había comenzado ya de manera espontánea, y ya no había nada que hacer, la vida, una vez más, recomenzaba y proseguía y recomenzaba, donairosa y divertida, la fiesta de bienvenida en el Tarajal que estallaba para conmemorar la superación del miedo y de la muerte, para conjurar el mal rollo y la mala leche, y la peste de los mercaderes de la estupidez, las armas, la esclavitud y la guerra.

### La memoria de Fifo Laxe

Nada más desembarcar en el puerto ceutí, Carla Canon – ya liberada de su serpentina arcoíris y por lo tanto sola – buscó la cafetería del puerto más cercana y consultó el correo en su Rebequita documentalista o Reb-Doc, una de sus rutinas más reiteradas pero que en el último día, con la excitación del viaje en el Galeón y los nuevos encuentros, había descuidado y preterido. Y se encontró con una nota escueta procedente de la biblioteca del Naranjal. “Es urgente una evocación de Fifo Laxe. La necesitamos en la Biblioteca de don Borondón”. La mención de Fifo Laxe en el sobrio telegrama o mensaje “urgente” – esa reiteración de la “urgencia” era algo particularmente desasosegador para Carla, pues la retrotraía a situaciones reales que quería olvidar en ese momento en el que pretendía potenciar su cuerpo de fiesta – la llenó de incertidumbre y ansiedad. Lo que no deseaba en ese momento.

Consiguió que un chico de la barra se fijara en ella. “Un cubata de ron con mucho hielo, cariño”, le dijo con su mejor sonrisa. La mirada de pasmo del chico le indicó que no la había comprendido.

- Ron caribeño, cola americana y una rodajita de limón, precioso. Y mucho hielo, eso. No hace falta que me lo agites... Así está bien.

Con el primer sorbo se sintió mejor. Más entonada. Y ya pudo pensar. Que se acordaran de ella para una evocación de Fifo Laxe sólo podía tener una explicación, pues a aquel chico de los tiempos antiguos del paraíso de las islas, de los años de lanzamiento de la Gran Confederación Centro-Sur, no había llegado a conocerlo personalmente sino sólo de manera indirecta, al comisariar, en sus primeros tiempo de agitadora cultural y sociológica, una exposición de fotografías que habían convertido al Laxe en un artista plástico muy conocido, apreciado y seguido por otr@s jóvenes artistas agitador@s, como él lo había sido. Para aquella exposición había tenido que estudiar su figura y obra y tal vez por ello contactaban ahora con ella desde la biblioteca del Naranjal.

La obra fotográfica de Fifo Laxe que Carla había reunido, publicado y seleccionado para la exposición, que había tenido interesante periplo internacional a lo largo de dos años, los dos años iniciales de su vida de nomadeo, era muy sencilla y hasta monótona, pero de un raro tirón entre l@s jóvenes creador@s. La serie fotográfica la tituló de la manera más sobria y descriptiva que pudo: “Los árboles de la calle Narvárez de Madrid”. Y los cientos y cientos de fotografías que el Laxe había conservado perfectamente clasificadas, eran exclusivamente de los árboles de aquella calle madrileña, uno a uno, de las aceras pares e impares, desde el origen de la calle hasta el final de ella, individualizados como objeto fotográfico y en dos series completas separadas por veinte años, al parecer. La primera serie la había realizado el Laxe cuanto tenía unos dieciocho años aproximadamente, como ayudante de un fotógrafo que luego iba a convertirse en notable director cinematográfico, el Artero, y la segunda serie ya avanzado treintañero, que iba para cuarentón, en un momento complejo de su vida en que necesitó echar el freno y serenar pues se estaba sintiendo desbordado por la vida. A su muerte prematura, unos quince años después – casi a la vez que su gran amigo y compañero de sueños el poeta Miguel Ángel Velasco –, sus amigos descubrieron el fondo fotográfico y Carla Canon se vio enredada en el comisariado de aquella exposición. Eso era todo, tan sencillo, y ahora este encargo que le venía como interferencia, tantos años después, como sin venir a cuento.

No estaba preparada, no estaba dispuesta a esa interferencia en ese momento. Tenía cuerpo de fiesta, cuerpo de fiesta del Tarajal, no había derecho a que quisieran interrumpirle en ese momento la acción gozosa para hacerla encerrarse para evocar por escrito tiempos antiguos que, además, no había vivido. No quería que le precipitaran, adelantándosele, su tiempo de reposo y retiro de amanuense. Decidió responder a los de la Biblioteca de don Borondón con un mensaje negativo concluyente. Pidió al chico de la barra un segundo cubata de ron, le pagó los dos con precio de mercado pi y con propina generosa que hizo sonreír al muchacho, y se retiró a una mesa del rincón apartado de la cafetería para responder al mensaje que la había desasosegado.

“Imposible en este momento. Todo lo que sé de Fifo Laxe lo tenéis recogido en mi catálogo *Los árboles de la calle Narvárez de Madrid*, que seguro que lo tenéis en la biblioteca del Naranjal. Todas sus fotografías están, además, en la red, con amplísimos comentarios de quienes le conocieron. Podéis encargarle el asunto a un joven investigador o a un equipo en viaje de conocimiento y de contactos. Yo ya estoy mayor para volver sobre trabajos de juventud sobre alguien a quien no conocí personalmente, con quien ni siquiera llegué a acostarme por lo tanto, y además estoy inmersa en otra movida totalmente diferente y, para más remate, con un segundo cubata y cuerpo de fiesta. Olvidadme, pues, para ese encargo que os urge.”

Toda la ciudad se había peatonalizado.

Por todas partes, el lema de la fiesta en grandes cartelones presidía todas las plazas y escenarios festivos: **EL INTERSTICIO DE NOMADEO COMO GRAN INVERSIÓN.**

\*\*\*

Ahora, sí, ahora iba a comenzar la fiesta para Carla Canon. La fiesta del primer aniversario de la batalla del Tarajal.

**[Para el tercer aniversario de la batalla del Tarajal, el 2 de febrero de 2017, CONTINUARÁ...]**